

# CARTHAGINENSIA

Revista de Estudios e Investigación  
Instituto Teológico de Murcia O.F.M.  
ISSN: 0213-4381

Volumen XXXIII  
Julio-Diciembre 2017  
Número 64

## SUMARIO

<b>Agustín Hernández Vidales, OFM</b> <i>Octavio Paz: «Dios, El ausente»</i> . . . . .	291-317
<b>José María Contreras Espuny</b> <i>El papel de la Intuición y la razón como desencadenantes en la conversión religiosa de Manuel García Morente</i> . . . . .	319-339
<b>Javier Martínez Baigorri</b> <i>Emergencia y causalidad en biología. Novedad ontológica y nuevas formas causales en el estudio de la vida como realidad emergente</i> . . . . .	341-376
<b>Ricardo Aldana Valenzuela</b> <i>Amor y misericordia de Dios en la óptica teológica de Hans Urs von Balthasar</i> . . . . .	377-410
<b>Antonio Sánchez Bayón</b> <i>Revelaciones conceptuales y lingüísticas de la posglobalización: Retos de construcción moral de la sociedad del conocimiento y aportes del humanismo hispánico</i> . . . . .	411-458
<b>Indalecio Pozo Martínez</b> <i>Nuevos testimonios sobre las obras de la Iglesia de El Salvador de Caravaca (1526-1539)</i> . . . . .	459-478
<b>Vicente Montojo Montojo</b> <i>Cofradías, Familiares de la Inquisición y Oficios Reales en la Basílica Alicantina y El Corregimiento de Murcia y Cartagena en 1600-1665: Los Martínez de Vera y Los Briones</i> . . . . .	479-504
<b>NOTAS Y COMENTARIOS</b>	
<b>Agustín Ortega Cabrera</b> <i>La moral de la Iglesia y del Papa Francisco con San Juan Pablo II</i> . . . . .	505-512
<b>José Luis Yepes Hita</b> <i>La Antropología Biológica como pregunta teológica</i> . . . . .	513-518
<b>BIBLIOGRAFÍA</b> . . . . .	519-565
<b>LIBROS RECIBIDOS</b> . . . . .	567
<b>ÍNDICE DEL VOLUMEN</b> . . . . .	569

## LA ANTROPOLOGÍA BIOLÓGICA COMO PREGUNTA TEOLÓGICA

BIOLOGICAL ANTHROPOLOGY  
AS THEOLOGICAL QUESTION

JOSÉ LUIS YEPES HITA<sup>1</sup>

A la pregunta qué somos, que formulamos hace dos semanas, y de la que adelantamos más inquietudes que respuestas (básicamente la conciencia de sí y la conciencia de la muerte...), debemos responder que somos animales también, pero un animal muy peculiar. Pertenece al orden natural —yo no diría que estemos “arrojados al mundo”, porque de alguna manera estuvimos insertos biológicamente en un determinado hábitat, pero de una manera muy propia y versátil—.

### **Interdisciplinariedad de las ciencias**

Lo que explican todas las ciencias naturales (zoología, paleontología, eto-

logía, psicología, etc...) sobre nuestra especie, es lo que se llama Antropología biológica, que como paso previo nos servirá de base para continuar luego sistemáticamente, en próximas semanas, con la Antropología Cultural y Filosófica y con la Antropología Teológica.

Santo Tomás de Aquino comenzaba, imitando el método aristotélico, por el “orden natural” para indicar a continuación que este remite también al “orden sobrenatural”. Sabemos que muchos científicos educados en el ateísmo, desde finales del siglo XIX, abandonaron esta ordenación sistemática de los saberes y negaron una concepción transcendental del ser humano. Pero eso no es más que una caracterís-

---

<sup>1</sup> Villanueva del Segura, 10 de febrero de 1965. Doctor en Filosofía por la UNED. Profesor de EEMM en la Comunidad Autónoma de Murcia. España. [jlyepes@yahoo.es](mailto:jlyepes@yahoo.es).

tica de nuestra época, en la que el cuerpo clásico de los saberes socavó con una profunda crisis epistemológica sus fundamentos tradicionales, y todas las áreas de conocimiento quedaron hasta hoy fragmentadas, sin remitir nunca interdisciplinariamente a áreas circundantes y menos a potencias superiores. Es decir, el que algunos biólogos sean sordos a la pregunta teológica por quién es el hombre, no significa que filósofos y teólogos seamos sordos a las preguntas biológicas por el hombre y al estado actual de tales conocimientos experimentales.

Las diferencias entre un “orden” y otro sobre esta cuestión, y cómo una potencia o nivel se dirigen a la siguiente, la mineralogía, por ejemplo, a la botánica y ésta a la zoología, así también en una perspectiva mayor de la biología a la teología, no han sido ni satisfactoria ni profundamente tratadas. Es más, la polémica de muchos científicos norteamericanos contra el creacionismo ha venido a eclipsar la verdadera cuestión que nos interesa aquí. Dicho de otro modo, la defensa que voy a hacer de la antropología biológica y la antropología teológica como conocimientos interdependientes y a la vez no excluyentes no se fundamenta en los postulados del creacionismo.

### **La polémica del creacionismo**

El creacionismo fue una polémica agitada en los EE.UU. con intereses más mediáticos e inocuos que otra cosa, y dentro de un contexto no exactamente filosófico sino de disputa jurídica y política sobre los contenidos

educativos en la Escuela y sobre si la potestad de los Estados federados pueden estar por encima e imponerse a la voluntad de los individuos y las familias; esto es, no fue tanto una cuestión de contrariar los hechos demostrados ni tampoco las opiniones e ideología de sus investigadores, sino que nace como un debate sobre la limitación del poder político sobre cuestiones de conciencia, y la libertad del ciudadano frente al Estado, sin embargo, debates de este tipo, están muy lejos de entenderse en Europa, que somos verdaderos artifices en engordar la burocracia sobre nuestros hombros, concediendo a los gobiernos la patente de injerencia, tantas veces contra los principios de la democracia y la libertad.

Además, no hay que olvidar que la Iglesia Católica ni participó ni animó esta controversia del creacionismo, sino que fue más una preocupación de las iglesias evangélicas y protestantes y de sus escrúpulos morales. Incluso — hay que decir— cuando la polémica se sustanció en los tribunales de EE.UU., una de las partes, movida por sus sentimientos ecuménicos, solicitó a Roma (a expertos de la Curia) que hiciera un peritaje, y el Vaticano rechazó muy sensatamente entrar en el proceso; porque no es preocupación que inquietara a la fe cristiana. Los descubrimientos de laboratorio y el creacionismo como modelo explicativo de la biodiversidad de las especies, yo lo considero un capítulo de la historia de la filosofía europea que data y se cancela en el siglo XVIII y que respondió más bien a criterios de clasificación taxonómica de varios naturalistas, Linneo el más decisivo, y que seguirá como era cos-

tumbre en la estructura académica de la época de raigambre metodológica aristotélica, pero no era lo más urgente de la pastoral cristiana del momento.

### **Animal inacabado**

Entonces, ¿qué somos como animales? Somos una especie bípeda y bímana perteneciente a la rama filogenética de los primates y adaptada al hábitat de la sabana africana, donde la densidad forestal del bosque tropical empieza a decrecer y desaparecer.

Pero lo que voy a intentar demostrar es que todos los rasgos físicos que se derivan de esta condición anatómica y medioambiental no responden, según las mismas leyes de la teoría sintética de la evolución (Darwin-Wallace y Mendel después), a un proceso de culminación y perfección de mecanismos fisiológicos, anatómicos y biológicos. Porque más bien parecemos castigados por demasiados errores de esos mismos mecanismos naturales. Luego, si hemos llegado a ser lo que somos después de dos millones de años (según los fósiles más antiguos con claras semejanzas con el hombre), habrá sido por algo no perteneciente esencialmente a la naturaleza, sino por algo que supera, se añade y completa a la naturaleza —o supera la bestialidad—.

Por lo tanto, lo que hemos creado como familia, cultura y finalmente, como siguiente potencia, como nuestra dimensión espiritual. Esto es, de estar “defectuosamente” insertos en el “orden natural”, por seguir la terminología anterior, a ser completados por nuestra pertenencia al “orden sobrenatural”.

Un hecho originario que no solo nos habla de quién es el hombre, sino de quién es Dios, o cómo es Dios al elegir al hombre de entre toda la Creación/Naturaleza como la criatura con la que establece y sella su Alianza. A fin de cuentas, una Acción de Dios, más que un hecho crucial en nuestros orígenes, que a su vez se nos ilumina con el Evangelio en aquella parábola conservada de Jesucristo, que marca a su vez la manera de ser del cristiano y su invocación permanente a la misericordia, cuando decía que “de aquellas piedras desechadas por el arquitecto, Yo haré la piedra angular del nuevo edificio”.

Veamos. Una cosa que llama la atención, la plasmaron muy bien los embriólogos alemanes de fines del XIX, especialmente en la teoría de la recapitulación de Ernst Haeckel, por cierto, con observaciones completamente independientes de los evolucionistas ingleses Ch. Darwin y A. Russel Wallace. Partiendo de una ley general de esta ciencia, se mantiene que cuanto más cercanas son dos especies en el árbol filogenético, más parecida es su ontogénesis. Principalmente esta teoría dice que la ontogénesis refleja siempre, en nuestro caso en los nueve meses de gestación, cambios morfológicos que la especie ha hecho durante millones de años. Y, a la vez, sobre esas observaciones se descubre que el hombre, comparado con los simios, presenta aspectos de criatura inacabada, de alguna manera es un sietemesino de chimpancé. Una criatura a medio hacer que tendrá que sobrevivir y realizarse después, como hemos dicho, por su faceta cultural, familiar y espiritual.

### **Un simio sietemesino. De la hominización a la humanización**

Aquello que la biología nos ha negado y que según las leyes de la evolución nos hubieran llevado a la extinción, nos lo ha dado nuestra dimensión cultural y espiritual, o bien, ha sido ese otro mundo que nos abrimos, en expresión de Arnold Gehlen, por el “descubrimiento del hombre por sí mismo”.

La bipedestación produjo en la mujer una limitación en la cadera y una dificultad en el parto. El canal del parto o alumbramiento del bebé no es recto y hacia atrás como en todos los mamíferos, sino hacia adelante y girando en una curva hacia abajo y hacia adelante que es sumamente arriesgado para la supervivencia del bebé. Esto obligó a que el periodo de gestación se acortara significativamente en comparación con otros primates y mamíferos, y a que las crías de nuestra especie vengan al mundo más inmaduras que otras especies. Pensemos que un niño necesita un año o más para aprender a andar, algo que las leyes evolutivas deben considerar insostenible para cualquier otra especie, porque obligadamente les hace pasar por cambios estacionales en los que serán otras las prioridades vitales de la especie.

Pues bien, esta inmadurez de las crías no la subsanó la naturaleza con sus mecanismos evolutivos de selección genético/adaptativa de siempre, sino reforzando el afecto de los progenitores hacia ellas y de los progenitores entre sí, y alargando al mismo tiempo los años de crianza tan espectacularmente en comparación con cualquier

especie, que la realidad familiar se hace en nosotros preeminente sobre todos los comportamientos instintivos. En tantos años de crianza y de aprendizaje y de transmisión de una memoria colectiva, acaba por solaparse una generación con la siguiente. El reconocimiento afectivo de abuelos y nietos es exclusivo de nuestra especie. Mientras hay especies como algunos felinos que apenas reconocen a su propios hijos, tan solo semanas después del parto, no digo nada con el paso de los años, el hombre reconoce su descendencia en una tercera generación y más.

### **Cráneo y cara**

En cuanto a la forma de la cara humana, tiene rasgos anatómico/morfológicos propios de la etapa infantil de los simios más próximos, es decir, como una especie de infantilismo de la pauta planeada para los demás primates: mandíbula inferior corta y no prominente, nariz chata, frente vertical porque las articulaciones del cráneo aún no han suturado, etc. Eso hace que la masa cerebral ocupe ese espacio y expanda su volumen a costa del mismo espacio que antes ocupaba el hocico. Y la merma de capacidad olfativo/gustativa se verá compensada con el desarrollo del sistema perceptivo visual.

Serían muchos más los “defectos”, con los que la biología ha castigado nuestra naturaleza, que podríamos seguir enumerando aquí. ¿Qué niño no ha sufrido de caries y dolor de muelas? ¿Los dolores de menstruación y menopausia por la que no pasan otras

especies? ¿El dolor de espalda y otros aspectos muy vulnerables de nuestro sistema inmunológico?

### **La palabra**

Si seguimos, por ejemplo, por la cara, vemos que la mandíbula dejó de ser el arma de defensa que es en muchos animales depredadores, para convertirse, junto con la laringe, en el aparato de la fonación y el habla. Y lo que es más curioso, la estructura interna de succión de un bebé es de las más imperfectas en comparación con cualquier mamífero, por eso el riesgo de atragantamiento es muy grave entre los niños.

Pero, sorprendentemente, ese defecto dejaba en compensación uno de los mejores diseños para hablar, pues el alargamiento y descenso vertical de la laringe enriquecía a las cuerdas vocales para dar una variedad de sonidos imprescindibles para un lenguaje más abstracto y completo. ¿Qué somos, pues? Somos en realidad el animal que habla, la especie verbal. Nuevamente, la piedra tirada, desechada por los moldes de la naturaleza y fuera de la línea finalista de la evolución de cualquier mamífero, se convierte en la piedra angular del Creador.

Y en cuanto a la agresividad y armamento de desgarrar que perdió la boca, lo tomaron las manos. Las manos libres delante del campo visual fabricaron herramientas y propiciaron una tecnología que a su vez retroalimentó nuestro pensamiento. No utilizamos instrumentos porque pensemos, sino que pensamos porque utilizamos ins-

trumentos. El hombre deja tras de sí una cultura fruto de ese trabajo.

En mi opinión, considero que se sobrevalora en demasía la capacidad cerebral como clave de la humanización, pues en cuanto a la así llamada tasa de encefalización hay que decir que nos superan otras especies, por ejemplo los cetáceos. Precisamente por eso creo que la clave del éxito del ser humano hay que buscarla en esos afectos, emociones y solidaridad de familia y grupo que el hombre se creó de por sí sin parangón ni precedentes en el reino animal. Y lo hizo descubriéndose a sí mismo mientras se descubría en los otros. La conciencia de sí, que no tiene ubicación bioquímica alguna en lo físico, o que no se modificó automáticamente por los mecanismos evolutivos de la selección, sino que en su transcendentalidad se va convirtiendo en una conciencia del otro. Esta tendencia misma le llevará de por sí a la conciencia de una alteridad menos inmediata, la conciencia de Dios.

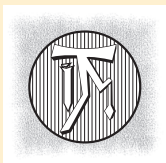
### **Duelo por la muerte**

Y, por último, si hemos hablado del nacimiento, consideremos también el fenómeno humano de la muerte. Volvemos a hablar de ella, porque lo hicimos la semana pasada siguiendo el existencialismo.

Los humanos también con sus manos de cultivar, excavaban tumbas para sus allegados. En los enterramientos más antiguos que los arqueólogos tienen datados, casi 30.000 años en Qafzeh y Skhul, entre Israel e Iraq, los cadáveres están alineados y ordenados

con un ajuar funerario que cumple un ritual completo. Imposible que fuera así, si ese pensamiento que se elevó a la conciencia de sí, no hubiera tenido a la vez una conciencia del infinito y del más allá. Es decir, si la pregunta y actitud por y ante la infinitud de este ani-

mal que somos, no hubiera tomado a la vez conciencia del infinito. Aquel día en que el hombre tuvo conciencia de Dios, el hombre se hizo más humano. Precisamente por eso decía que aquél fue el último día de la Creación.



**INSTITUTO TEOLÓGICO DE MURCIA OFM**  
**Servicio de Publicaciones**